

FRAY LUIS DE LEÓN

Entre la gloriosa pléyade de ingenios que hermosearon la lengua castellana en el siglo de oro, descuella Fray Luis de León, orador, poeta y teólogo eminente.

Educado en el convento de San Agustín, en Salamanca, llegó á ser, no sólo honra de la Universidad entonces floreciente, sino también auréola de la orden agustiniana, orgullo de la nación española y estrella de primera magnitud en el cielo del arte.

Vino al mundo en 1527, cuando el habla de Castilla alcanzaba mayor universalidad, de suerte que quien contribuyera á conquistarla el título de “lenguaje de los ángeles,” se haría digno de figurar en una misma galería con Homero y Dante, padres hasta cierto punto de sus lenguas respectivas.

Y aparece Fray Luis de León. Como orador pasó por el más elocuente de su tiempo; su dicción es tranquila y reposada, los períodos rotundos; en el fondo se descubre una dialéctica nada común, semejante á río sereno que oculta la fuerza de sus aguas.

¡Cuánta perfección, claridad y sencillez ostenta en la exposición del libro de Job, acabado modelo de misticismo! Desarrolla cada principio filosóficamente y lo formula con laconismo y elocuencia admirables; se apodera de Job y se encumbra con él, en alas del sentimiento religioso, hasta arrancar á Dios secretos balsámicos para la humanidad. El libro de Job es para la mayoría de los hombres verjel cerrado, fuente sellada; ante él se halla el lector profano como viajero que prueba á descifrar jerglíficos de los monumentos asiáticos. Pero viene el religioso agustino, aplica su genio y su ciencia de la tradición y los Padres, y brota luz de la tenebrosa región: todo en ese libro tiene su razón de ser, su causa, desarrollo y consecuencias; demuestra que Dios del mal físico saca el bien moral; pinta con delicados matices cuán sublime es la vir-

tud de la paciencia ; mueve el corazón al bien y le inspira odio al mal ; señala las recompensas halagadoras del primero, y relata con rasgos terríficos las consecuencias del segundo ; ora entreaire el Cielo y provoca sonrisa estética á los labios del lector ; ora lo estremece sondeando *el lugar en donde no se ama*, según expresión de Santa Teresa ; siempre asombra y deleita ; en una palabra, parece intérprete de las sublimidades inspiradas por Dios á su santo siervo. Revela el autor de dicha obra inteligencia levantada, genio filosófico, acendrado misticismo, conocimiento profundo del humano corazón, y dominio de las lenguas hebrea y castellana. Campean, además, variedad de giros, riqueza de vocablos, flexibilidad y armonía, cualidades que ostentan la galanura que nuestro idioma heredó del latín : juega con él Fray Luis de León como con materia plástica ; la amolda á su gusto porque tenía poder para ello, pues fue rey del castellano, maestro del latín y cultivador de las lenguas orientales.

Las potencias del alma se aguzan en las situaciones crílicas, la virtud se templea con la adversidad, el sentimiento se despierta cuando recibe ultrajes el honor : testigos Homero y Milton, Cervantes y Fray Luis de León. Detenido éste por el Santo Oficio cinco años en una prisión, en ella compuso sus mejores poesías, aquellas que respiran fragancia de las flores del paraíso ; las que interpretan los sentimientos más hondos, puros y delicados ; finalmente, las que immortalizan su nombre.

Excepto San Juan de la Cruz, el sol del misticismo, nuestro artista aventajó á sus contemporáneos, tanto en profundidad y extensión de conocimientos, como en el esmero de las formas literarias. Hay hombres que superan la humanidad ; ésta tiene en ellos su mejor timbre, la más elevada manifestación de grandeza, existen en la tierra pero viven en el cielo, son *semidioses*, si así pudiéramos decirlo, creados por el Altísimo para mostrarnos su poder. A estos privilegiados pertenece Fray Luis de León,

el más filósofo de los místicos y el más místico de los filósofos ; como San Buenaventura, poeta en verso lo mismo que en prosa. No trató especialmente de estética, pero es inimitable la que encierran sus obras ; oigamos á Coll y Vehí : “Yo no sé que hayan dicho más, ni tanto, todas las obras de estética publicadas en Alemania y fuera de Alemania. ¿Qué artista ha descrito con tan verdaderos colores el mágico efecto de la belleza ? ¿Quién ha penetrado tan hondamente el sentido de las divinas armonías del universo, con que Dios nos está hablando sin tregua de las cosas del cielo ?”

Pero donde Fray Luis de León ha cosechado mejores lauros, donde se ha hecho acreedor á la auréola que lo circunda, donde ha dejado estela más luminosa, donde ha conquistado las coronas inmarcesibles con que le brinda el parnaso español, es en la excelsa, en la divina poesía ; raya á tal altura como poeta, que nadie resiste comparación con él : heredó de Horacio el clasicismo, la dulzura de Garcilaso, el lirismo sublime de Píndaro y Tirteo, el amor apasionado pero sencillo de Petrarca, y la delicada ternura del cisne mantuano.

En su época, dos escuelas se disputaban el predominio poético : la *sevillana*, notable por los adornos del estilo y las imágenes violentas, y la *salmantina*, caracterizada por la sencillez de la forma y la naturalidad del sentimiento : dirigía la una el divino Herrera, Fray Luis de León acaudillaba la otra.

Adquiérese en la ciudad el lenguaje, vestido de la poesía ; en el campo el sentimiento, su esencia : en la artística combinación de tales elementos consiste el atractivo de Fray Luis de León ; y si se añade *imaginación de niño*, que pide Macaulay, tenemos en él el ideal del poeta, pues hay quien lo reputa el mayor lírico del mundo. Tiene semejanzas con San Juan de la Cruz : sólo que éste canta desde el cielo y aquél desde el fondo de una mazmorra ; pero sus cantos respiran nostalgia de la patria verdadera, parecen notas escapadas del concierto celeste. Histórico

Rasgo distintivo de toda obra inmortal es el sentimiento doloroso que nos produce el cesar de contemplarla, porque lo verdaderamente bello impresiona el espíritu de tal modo, que con dificultad sale del éxtasis en que se sumerge por virtud del arte. No otra cosa sucede con las producciones de nuestro vate, á quien los críticos tributan merecidos encomios. Quintana dice: "Luis de León, lleno de Horacio, á quien constantemente estudiaba, tomó de él la marcha, el entusiasmo y el fuego de la oda, y en una dicción natural y sin aparato supo manifestar elevación, fuerza y majestad"; Valera escribe que "es el más inspirado y sublime de los líricos españoles;" y Menéndez Pelayo conceptúa de esta suerte: "Si yo os dijese que fuera de las canciones de San Juan de la Cruz, que no parecen ya de hombre sino de ángel, no hay lírico castellano que se compare con él, aún me parece haberos dicho poco. Porque desde el Renacimiento acá, á lo menos entre las gentes latinas, nadie se le ha acercado en sobriedad y pureza; nadie en el arte de las transiciones y de las grandes líneas, y en la rapidez lírica nadie ha volado tan alto ni infundido como él en las formas clásicas el espíritu moderno."

Tan de cerca siguió Fray Luis de León el vuelo del celoso guardián del parnaso latino, que ha pasado á la posteridad con el sobrenombre de Horacio español; tradujo de él cuarenta odas, y lo imitó en varias con incomparable maestría. La *Profecía del Tajo*, verbi gracia, no sólo compite con la *Profecía de Nereo* en robustez de entonación, sino que la supera, puesto que allá no palpita el sentimiento epicúreo del pagano, y sí el espíritu que informó la poesía de David.

Murió Fray Luis de León en 1591, y yace en uno de los claustros en que se formó. En Diciembre del mismo año desapareció San Juan de la Cruz: como dos astros nacidos para recorrer un mismo cielo, al apagarse el uno debía extinguirse también el otro.

Cuarenta años después fueron publicadas sus obras por Quevedo, para mejorar el gusto estragado de la época; mas no todas nos han llegado: la literatura lamenta principalmente la pérdida de *El perfecto predicador*, obra en que el venerable maestro vació todo su genio, su ciencia y el amor de su grande alma.

MANUEL ANTONIO BOTERO

SAMUEL RAMIREZ ARBELAEZ

El cable ha comunicado la dolorosa noticia de la muerte de este distinguido ciudadano, amigo y compañero nuestro, hijo del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

SAMUEL RAMÍREZ ARBELÁEZ nació en Marinilla, Departamento de Antioquia, el 20 de Agosto de 1875, y fue hijo de D. José María Ramírez, probo y cristiano caballero, y de D.^a María Jesús Arbeláez, hermana del ilustre Arzobispo de Bogotá, Dr. Vicente Arbeláez, de dulce y querida memoria.

Perdió á su padre siendo niño todavía, y su piadosa madre le inculcó las creencias católicas, el amor al trabajo, la seriedad y la constancia. Hizo sus estudios en el Colegio de San José, de su ciudad natal, instituto fundado casi medio siglo antes por el Ilmo. Sr. Arbeláez, cuando, recién ordenado sacerdote, fue párroco de aquella población.

La madre de SAMUEL había perdido prematuramente á sus dos hijos mayores, jóvenes de grandes esperanzas, y que habían sido, uno en pos de otro, apoyo de su viudez y consuelo de sus penas y dolores. El mayor, José María, recién graduado médico en la Facultad de Bogotá, se ahogó trágicamente en el río Nus; el segundo, Domingo, alumno aventajado de la Escuela de Minas de Medellín, sucumbió en pocas horas, víctima de la fiebre amarilla, cuando estaba desempeñando el honoroso cargo de subdirector del ferrocarril de Puerto Berrío.